

Sartre y Aron

Didier Eribon ⁽¹⁾

Traducción de
MARIA LUISA JARAMILLO

La idea de comparar los itinerarios políticos de Sartre y Aron le ha parecido tan evidente a Jean-François Sirinelli ⁽²⁾ que no se demora casi en justificarla. Después de todo, los dos hombres fueron rigurosamente contemporáneos y durante cerca de sesenta años estuvieron confrontados por los mismos acontecimientos políticos. Asimismo sus compromisos divergentes pueden ser fácilmente presentados como la expresión de dos maneras radicalmente opuestas de vivir la vida intelectual, la del analista sereno y la del comentarista responsable frente al filósofo combatiente, intempestivo e irresponsable.

Pero mirar desde más cerca este paralelismo o más bien este contraste entre dos figuras intelectuales emblemáticas, entre dos modelos entregados en adelante al juicio de la posteridad, podría ser sólo un pretexto falso, constituido completamente para las necesidades de una causa cuyo sentido está siempre presente, aun cuando siempre negado, en el libro de Sirinelli: hacer el proceso del intelectual crítico, que sería desacreditado por la sucesión de sus errores y el elogio de aquel que se podría describir como a uno de esos analistas de la vida política tal y como se los desea en el ENA ⁽³⁾. Por más que Sirinelli repite cada dos hojas que el trabajo del historiador no es juzgar sino presentar todas las pie-

zas de la documentación, el simple hecho de comparar a Sartre y a Aron indica claramente de cuál lado se inclina su veredicto. Nos cuesta imaginar que un partidario de Sartre o simplemente un observador más objetivo y más preocupado por reconstruir la historia de la vida intelectual francesa haya podido tener el deseo o incluso la idea de comparar a Aron con Sartre, cuando parece tan difícil poner a estos dos personajes en un mismo plano.

Si eso es posible para Sirinelli es simplemente porque tomó partido, reivindicando como una elección de historiador la de nunca hablar de las obras. Si se hubiera dignado tomar en consideración lo que los dos héroes escribieron por fuera de sus intervenciones políticas, se hubiera dado cuenta tal vez de que el argumento que organiza su libro no se tendría en pie. Sirinelli afirma en efecto en varias ocasiones, y como si se contentara con anotar un hecho indiscutible, que Sartre ha desaparecido hoy del paisaje intelectual que dominó durante tanto tiempo, mientras que Aron, que permaneció a la sombra durante la época de la supremacía sartreana, ha venido hoy a ocupar el primer plano.

Todo el libro tiene la intención de contar la historia que ha llevado a esta situación. Ahora bien, lejos de ser una simple constatación, una declaración como ésta tiene que ver más bien con la toma de posición. Es un deseo más que una realidad. Aquellos que se interesan hoy en día por el pensamiento filosófico saben muy bien que Sartre está allí muy presente —por ejemplo en Alemania, como lo recuerda oportunamente el libro de Gerhard Seel que saldrá estos días sobre *La dialectique de Sartre* (l'Age de l'Homme), así como también en los antiguos países del Este, o en América Latina, e incluso en Francia, aun cuando les disguste a los sepultureros

siempre apresurados por terminar con lo que hay de eminente en el pensamiento. Aron no tiene seguramente el mismo brillo ni la misma influencia en el mundo de las ideas y de la investigación, a pesar de lo importantes que hayan podido ser sus libros para las corrientes del pensamiento político liberal.

Sirinelli parece olvidar que Sartre no es solamente aquel que se equivocó en acciones criticables o en escritos políticos deplorables, es también autor de una obra monumental cuya fecundidad está lejos de estar agotada y cuyos títulos marcan los tiempos fuertes del pensamiento francés en el siglo XX, de *El Ser y la Nada* a los tres volúmenes de *El idiota de la familia* pasando —¡y no es poco!— por el *San Genet comediante y mártir* y *La crítica de la razón dialéctica*. Ahora bien, en esta obra, es muy cierto que la relación de Sartre con Aron no contó en absoluto. Salvo quizá cuando el pensamiento de Sartre estaba todavía en gestación y cuando Aron le hizo descubrir a Husserl y la fenomenología. Hubiera sido pues más interesante seguir el itinerario de Sartre confrontándolo con aquellos que fueron efectivamente sus interlocutores o sus adversarios teóricos, como por ejemplo, para limitarse a sus exactos contemporáneos, con Maurice Merleau-Ponty, Claude Lévi-Strauss, Georges Canguilhem y tratando de analizar lo que se jugaba en el juego complejo de las obras y de los compromisos.

En cuanto a la tesis tan machacada que considera que Sartre siempre se equivocó al contrario de Aron que tuvo tan a menudo razón, es necesario ciertamente mirar más atentamente lo que ella oculta. Hay sin duda personas que dicen hoy en día que Sartre se equivocó al denunciar los terribles bombardeos americanos sobre Hanoi durante la guerra del Vietnam,

1. Tomado de *Le Nouvel Observateur*, No. 1.612 de septiembre de 1995. pp 108-111.

2. Jean François Sirinelli, *"Deux intellectuelles dans le Siècle, Sartre et Aron"*, Fayard, París, 1995.

3. "ENA": Ecole Nationale de Administration.

y que Aron tuvo razón al aprobarlos, "el cuidado del análisis" predomina en él, como dice Sirinelli, sobre "la expresión de los sentimientos". Sin embargo, en este caso, se puede preferir al que protestaba y no al que justificaba.

Además, sea cual fuere la manera como se quieran tomar las cosas, a pesar de los deseos de Sirinelli, se puede afirmar que Sartre tiene todavía mucho que decirnos, y el quincuagésimo aniversario de **Temps Modernes**, la revista que fundó al salir de la guerra, en octubre de 1945, podría ser la ocasión de una evaluación serena pero intransigente de lo que significa su obra y el papel que sus compromisos jugaron en la sociedad y la cultura francesa y la significación que puedan todavía tener para nosotros, quince años después de su muerte.

RAYMOND EL SOCIALISTA Y JEAN-PAUL EL APOLITICO

Lo que es sorprendente en el itinerario de Sartre, fue que estuvo alejado de la política durante toda su juventud e incluso hasta la guerra. Cuando entró a la Escuela Normal Superior de la calle Ulm en 1924, hizo parte de la misma promoción de Aron, de Nizan, de Lagache y de Canguilhem. En esta época, este último, el futuro gran filósofo de las ciencias que murió hace quince días, era un ferviente discípulo de Alain, el autor de **Mars ou la guerre jugée**, y era pues un militante enconado de la causa pacifista. Aron está en ese momento en la misma corriente. Es también discípulo de Alain y también pacifista. Es igualmente socialista y sin duda, en ese momento, se ha encontrado con Claude Lévi-Strauss, quien está comprometido activamente con la extrema izquierda de la SFIO, y también

es pacifista. Más tarde, Lévi-Strauss se arrepentirá del pacifismo de su juventud, y como lo dirá en varias ocasiones, fue debido a este error dramático, que preferirá, después de la guerra, apartarse de la política.

Sartre, en esos años, estuvo por fuera de todo compromiso, aun cuando participó, en 1925, en la manifestación de normalistas para apoyar al profesor Georges Scelle, cuyo nombramiento en la facultad de derecho fue criticado con violencia por la extrema derecha. Sartre no es solamente apolítico, incluso parece ser totalmente indiferente a la política. Trabaja en su obra, la cual ya sabe que será doble: literaria y filosófica.

En los años 30, siempre se ve a Georges Canguilhem a la vanguardia del pacifismo. Pero Aron, después de haber pasado tres años en Alemania, en Colonia, luego en Berlín, rompe con el "chartierisme" (Alain se llamaba Emile Chartier) y polemiza con Canguilhem que predica "el rechazo a toda guerra nacional". Aron le da igualmente la espalda al socialismo, pero sigue anclado en la izquierda. Sartre también pasa un año en Berlín, un poco más tarde, siempre indiferente a los acontecimientos que se desarrollan alrededor de él, y feliz simplemente de pasar unas "vacaciones" y de volver a encontrar "la irresponsabilidad de la juventud".

Sartre estuvo igualmente alejado del formidable impulso que llevó al Frente Popular al poder en 1936 ya que no fue a votar y miró pasar los desfiles sin participar en ellos. Mientras que Aron vota por el Frente Popular, aun cuando su sensibilidad socialista ya está seriamente debilitada. Sería necesario agregar, ya que es mucho más importante para las grandes controversias intelectuales futuras, que Lévi-

Strauss, siempre activo en la izquierda del Partido Socialista y comprometido con el grupo Revolución Constructiva hace un esfuerzo por volver a pensar la política, se va para el Brasil en 1935 donde siendo profesor de la Universidad de Sao Paulo, se va a convertir en etnólogo.

UNO ESTA EN LONDRES, EL OTRO EN PARIS

La cercanía de la guerra va claramente a cambiar sus existencias. Sartre, que había querido quedarse sordo hasta ese momento a los terribles ecos que la historia europea hacía resonar a su alrededor, va, así como lo escribe en sus **Carnets**, a pasar a la edad adulta y a despertar a la preocupación política y social. Por ahora, prisionero en un **stalag** en Alemania, trabaja en su novela **La edad de la razón**, que sería el primer volumen de **Los caminos de la libertad**. En ese mismo momento, en otro campo de prisioneros, Fernand Braudel escribía su tesis sobre **El Mediterráneo**, que iba a jugar un papel tan importante en la vida intelectual de la post-guerra y específicamente en las reflexiones de Sartre sobre la historia en la **Crítica de la razón dialéctica**. Sartre será liberado después de algunos meses gracias a un certificado médico falso.

Regresa a París, le da el último toque a **El Ser y la Nada**, que aparecerá en 1943. Hace presentar **Las Moscas**, que necesitó la aprobación de la censura. Eso se le reprochará fuertemente después de la guerra. Pero la obra puede entenderse como una defensa sin condiciones a la libertad y muchas de las personas que asistieron a las numerosas representaciones vieron en ella un acto de resistencia intelectual. En lo referente a la resistencia, hay que decir que la de Sartre estuvo limitada a algunas

reuniones de escritores y a algunos artículos en **Les Lettres françaises**. Georges Canguilhem, su antiguo condiscípulo de la calle Ulm, y que en esos años fue un intrépido héroe de la Resistencia, no tendrá suficientes palabras duras para recordárselo en los debates que más adelante los opondrán.

Sartre se convertirá en el poeta del compromiso, y cuando atacó a Foucault en 1966, reprochándole que le estaba haciendo juego a la burguesía y que estaba aniquilando el movimiento de la historia por haber proclamado la "muerte del hombre" en **Las Palabras y las Cosas**, Canguilhem hará sentir todo el peso de su autoridad filosófica y moral para defender a aquel que no era todavía sino un joven filósofo poco conocido. Canguilhem invocará el ejemplo de su maestro y amigo Jean Cavaillès, el gran lógico que ciertamente no creía ni en el "hombre" ni en el "sujeto" y no trataba de teorizar el "movimiento de la historia" sino que se comprometió en la acción hasta la muerte (fue fusilado por los alemanes). Y Canguilhem concluye: "Que los filósofos de la existencia y de la persona lo hagan igualmente bien la próxima vez, si pueden".

Aron, por su lado, se fue para Londres después de la derrota del ejército francés. Durante los cuatro años que pasó en Inglaterra, hará parte del equipo que dirige la revista **La France Libre**. Allí publica numerosos artículos que comentarán la efervescencia de la actualidad y esto será sin duda el punto de partida de su vocación de editorialista después de la guerra.

Las relaciones de la revista con De Gaulle y sus fieles se vuelven rápidamente conflictivas y Aron será considerado como "antigaullista". Se le reprochará igualmente, después de la guerra su propio silencio y el silencio de **La France Libre** frente a

las leyes antisemitas del régimen de Vichy. Aron se vio obligado a dar una explicación sobre estos asuntos en el **Spectateur engagé**, y en sus **Memoires**.

LA BATALLA DEL COMUNISMO

Después de la guerra cuando Sartre, junto con Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty funda **Les Temps Modernes**, Aron hizo provisionalmente parte del comité de redacción al lado de Michel Leiris y de Jean Paulhan, y da incluso dos artículos para el primer número. Pero este sorprendente ecumenismo que siguió inmediatamente a la post-guerra no estaba destinado a durar mucho tiempo. Las divergencias ideológicas eran demasiado fuertes, y las brechas se iban a abrir inexorablemente. Mientras que Sartre radicaliza sus posiciones políticas y entra en el torniquete infernal de sus relaciones tumultuosas con los comunistas, Aron se convierte en el director del gabinete de André Malraux, que había sido nombrado ministro de la Información por el General De Gaulle. Esto no durará sino algunos meses. Aron regresará poco después al periódico **Combat**, luego al **Figaro**. En la misma época adhiere al RPF, el partido fundado por De Gaulle y participa regularmente en la revista **Liberté de l'esprit** fundada por Malraux y dirigida por Claude Mauriac. Lo que en el contexto de la época, lo señalaba casi como a un "fascista" ante la mirada de la izquierda intelectual. Pero su crítica implacable al totalitarismo fue a menudo justa, en una época en la que la izquierda no quería ver la realidad de los regímenes comunistas.

En la misma época, Sartre se esforzaba por lanzar con David Rousset un nuevo partido político, netamente anclado en la izquierda pero de orientación "neutral".

El fracaso de esta tentativa contribuirá tal vez a hacerle considerar que, en esa época, nada era posible por fuera del Partido Comunista. En 1952 escribe **Los comunistas y la paz**. A pesar de que había sido constante y violentamente insultado por los comunistas (el existencialismo había sido tratado por Henri Lefebvre como "síntoma de podredumbre que está completamente en la línea de la descomposición de la cultura burguesa"), Sartre se convierte, después de la dura represión de la manifestación contra el general Ridgway, en uno de los más célebres "compañeros de ruta" del PCF. Viaja a la URSS y declara a su regreso que "la libertad de crítica allí es total". Este compañerismo, que marcó tanto la imagen de Sartre, fue de corta duración: en 1956, después de la entrada de los tanques rusos a Budapest, Sartre rompió con el Partido Comunista, del que se convierte en su enemigo privilegiado.

Pero en toda esta secuencia histórica, no es la ruptura entre Sartre y Aron lo que es importante para la historia de la vida intelectual. Mucho más significativas son las rupturas con Camus y Merleau-Ponty. Rupturas sobre las cuales Sartre se ocupará en extenso cuando escriba sus magníficos artículos de homenaje, a raíz de la muerte de sus dos viejos amigos.

"SU" GUERRA DE ARGELIA

En su bella biografía de Sartre, Annie Cohen-Solal cita una frase de Roland Dumas que considera que "la guerra de Argelia, fue para Sartre, su guerra", así como es cierto que él había dejado escapar hasta ese momento todos los grandes acontecimientos y combates políticos de su tiempo. Sartre está evidentemente, en ese momento, en la cima de su gloria. Pasa muy rápidamente de una actitud que consistía

en pedir el fin de la represión y la apertura de las negociaciones a una posición mucho más radical: apoya a los "porteurs des valises" durante el proceso de la red Jean-Paul Sartre y firma el Manifiesto de los 121 por el derecho a la rebeldía. La extrema derecha manifiesta a gritos: "¡Fusilen a Jean-Paul Sartre!". Apoyando las luchas anticoloniales hasta el paroxismo, redacta un prefacio a **Los condenados de la tierra** de Frantz Fanon, texto inflamado en el cual exalta la rebelión y la revolución de los colonizados, y la violencia, necesaria según él, que ellas conllevan.

Consideramos que Aron, que también defendió la independencia de Argelia, lo hizo por razones diferentes. Para él no se trataba de defender el FLN. No hablaba a nombre de los colonizados, sino que evaluaba los intereses bien concebidos de la nación colonizadora: por un lado, Argelia es una carga económica para la metrópolis y por otro, la diferencia entre los índices de crecimiento demográfico podría llevar a una "argelinización" de Francia.

MAYO DEL 68: CADA UNO POR SU LADO EN LAS BARRICADAS

Durante los años 60, Sartre que acaba de publicar **La crítica de la razón dialéctica**, debe afrontar una crítica teórica que viene del campo "estructuralista", aun cuando la etiqueta es bastante inadecuada para designar todos los fenómenos que se estaban desarrollando en los diversos campos del saber en ese momento. Es contra Lévi-Strauss, contra Foucault, contra el pensamiento que para él encierran al hombre en determinismos fijos contra lo que polemiza a nombre de la "libertad del sujeto" y de la "praxis histórica". Se comprende por qué, desde ese momento, ma-

yo del 68 ha podido ser presentado como la revancha de Sartre contra el estructuralismo y del "sujeto" contra las "estructuras".

Sartre se comprometió de lleno en la rebelión de Mayo. En los años siguientes se alinearía del lado de lo que se llamaba en ese momento las "luchas" y se hará, una vez más, "compañero de ruta" de los grupos maoístas. Se codea en las manifestaciones, con su antiguo adversario filosófico de ayer, Michel Foucault, aun cuando esta efímera aproximación política no los acercó en el plano teórico. Ataca a Aron en un artículo impactante titulado **Les Bastilles de Raymond Aron**, porque éste encabezó la reacción contra el movimiento y denunció "el terrorismo del poder estudiantil".

LOS REENCUENTROS DEL ELISEO

En la lógica de sus tomas de posición, Sartre combatió desde el comienzo la guerra americana en Vietnam. Organizó con el filósofo inglés Bertrand Russell un tribunal internacional para juzgar los crímenes de guerra y participó en numerosas manifestaciones y **meetings**. Aron, por su lado, siempre proamericano (aquí será necesario recordar la actividad de Aron en el seno del Congreso por la Cultura y su colaboración en la revista **Preuves**, de la cual se supo tardíamente que tanto el uno como la otra estaban financiados, sin que por supuesto Aron lo supiera, por la CIA —curiosamente Sirinelli habla de "fuentes de financiación venidas del otro lado del Atlántico"—, mientras que casi no practica esta especie de eufemismo cuando se trata de aplastar a Sartre).

Pero es sin embargo en 1979, durante la guerra de Vietnam cuando Sartre y

Aron se volvieron a encontrar para una acción común. Se trataba de intervenir a favor de los **boat-people** que huían de Vietnam y de pedir al presidente de la República (Giscard d'Estaing) que intensificara la acción de Francia en ese sentido. Este episodio de la reconciliación de los dos antiguos amigos hizo correr mucha tinta

y sus fotos le dieron la vuelta al mundo. Hay que recordar sin embargo que, en **La ceremonia de los adioses**, Simone de Beauvoir cuenta que Sartre no le dio ninguna importancia a ese encuentro. Hacía mucho tiempo que Aron había dejado de contar para él.